



*Maha Akhtar*  
La princesa perdida

Una historia intimista y real que nos permite entender cómo nuestro pasado nos convierte en quienes somos.

Por la autora de *La nieta de la maharajá*.

*Memorias*

# La princesa perdida



Traducción de Enrique Alda

**Rocaeditorial**



Título original inglés: *The Lost Princess*  
© 2010, Kimberly Maha Akhtar  
En acuerdo con Pontas Literary & Film Agency, España

Primera edición: febrero de 2011

© de la traducción: Enrique Alda  
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.  
Marquès de la Argentera, 17, Pral.  
08003 Barcelona.  
info@rocaeditorial.com  
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.  
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-222-3  
Depósito legal: M. 52-2011

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.





A Duncan Macaulay y a nuestro perro, *Dougall*







La puerta del dormitorio de mi madre, Zahra, estaba ligeramente entreabierta. No tenía ni idea de lo que iba a encontrar. El corazón me latía a toda velocidad de puro miedo, miedo a verla tan enferma y miedo a lo que iba a pedirle que me confesara.

La luz del sol invernal entraba a raudales a través de las ventanas, tras las que el Mediterráneo derrochaba su cristalino azul turquesa, tan hermoso y fascinante como siempre. Habían colocado la cama junto a la ventana para que pudiera ver el mar. Las cortinas de algodón blanco y rosado ondeaban en el alféizar y, al otro lado, la brisa mecía las ramas de los ciruelos. Aparte del quejumbroso graznido de alguna gaviota y el rumor de las hojas al paso del viento, no se oía nada. Era una elegante habitación color vainilla, con un pequeño sofá y sillones a juego, un escritorio con su silla y una cómoda. Las paredes estaban desnudas, a excepción de un cuadro en el que una mujer atendía un jardín de rosas.

Cuando llegué a Beirut mi tía Hafsah me advirtió de los estragos físicos que le había causado el cáncer, pero, aun así, no estaba preparada para lo que vi: mi madre ya no era ella, tenía las mejillas hundidas y se había puesto un pañuelo para ocultar el pelo que había perdido en las últimas semanas de quimioterapia. Era la primera vez que veía la enfermedad tan de cerca. Me quedé junto a la puerta, paralizada, sin saber qué hacer. Al verla en semejante estado me pregunté si debía formularle la pregunta por la que había hecho aquel viaje. Pero tenía que hacerlo. Había pasado casi un año intentando desen-



MAHA AKHTAR

trañar un misterio que había germinado en ella y me llevaba de vuelta al seno materno. Sabía que me había ocultado algo muy importante durante años, escondido en los entresijos de su propio sufrimiento y de su trágica vida.

Pero, sin embargo, me sentía terriblemente culpable por pedirle que desvelara aquel secreto que tanto se había esforzado en silenciar. ¿Por qué lo había hecho? Al ver aquel cuerpo invadido por la enfermedad, pensé que no debía castigarla más, como había hecho en el pasado, cuando la terquedad de la niñez y la pertinaz rebeldía de la adolescencia me habían llevado a alejarla de mi vida tanto como había podido. Porque, por fracturada que hubiera sido nuestra relación en los últimos treinta años, seguía siendo mi madre. «No puedo hacerle más daño», me dije.

Al otro lado de la puerta y abismada en un mar de dudas, sentí un nudo en el estómago. Hafsah había aventurado que decirme la verdad sería un alivio para su hermana, que le ayudaría en vez de hacerle daño, que quizá por fin encontraría paz al final de su atormentada vida.

Inspiré con fuerza, recé una oración, abrí la puerta con cuidado y entré. A aquellas alturas del año, en el exterior refrescaba, pero en la habitación de mi madre, a pesar de la cálida luz del sol, sentí frío. Un marcado olor flotaba en el aire, el olor a desinfectante, a medicinas, a enfermedad y a muerte.

Cuando la madera del suelo crujió bajo mis pies, volvió la cabeza y abrió sus grandes ojos verdes para mirarme.

—Maha, me alegro mucho de que hayas venido —saludó con una frágil sonrisa.

Me senté a su lado y le cogí la mano.

—Y yo me alegro mucho de verte, *umma*<sup>1</sup>.

Hizo un débil intento por preguntarme por el vuelo, por Nueva York, por el programa *CBS News* en el que trabajaba y por Duncan Macaulay, mi media naranja escocesa, pero no quise confesarle que tanto mi vida profesional como personal eran un desastre. Mi trabajo en la CBS estaba prácticamente en las últimas, Duncan vivía en Londres y estaba a punto de trasladarse a Abu Dhabi. Así que rápidamente minimicé las

1. Madre.

cuestiones más peliagudas para no tener que contarle la verdad. Le aseguré que todo iba bien y para derivar la conversación hacia derroteros más triviales, le hablé de las travesuras de *Dougall*, el wheaten terrier que vive conmigo en Nueva York, que cree que es humano y se niega a aceptar que es un perro. Le hablé del tiempo, de que había empezado a bailar flamenco como profesional y que hacía poco que había debutado en Madrid. También le comenté que a principios de año había redecorado el apartamento de Nueva York y que mientras daba los pasos de un baile, al escuchar el dolorido y trágico gemido del cantaor, había decidido pintar el comedor color escarlata y había colgado un brocado naranja dorado en la ventana, con una caída de tres metros y medio, que daba un ambiente teatral y casi operístico a la habitación.

—Muy propio de ti, hija mía, nunca haces nada normal —comentó esbozando una débil sonrisa.

Seguimos charlando, pero supe que no podría posponer mucho tiempo mi pregunta. Pensé en la posibilidad de dejar que se acostumbrara un poco más a mi presencia, pero aquel secreto familiar me estaba devorando. El ansia por esclarecerlo había sido tan absorbente que en ocasiones había estado a punto de ser nocivo. Había intentado sonsacar a Hafсах, pero había sido inútil. No me contó nada y desde un principio me aconsejó escucharlo de labios de mi madre. Estaba segura de que Hafсах había preparado a su hermana para mi visita y para las preguntas que iba a formularle; sabía que mi instinto de periodista me empujaría a ir al grano nada más llegar.

Una delicada brisa entró por la ventana, onduló las cortinas y refrescó el ambiente. Hicimos una pausa para disfrutarla. Supe que había llegado el momento, y mi madre también.

—*Umma*, necesito que me digas una cosa.

Me miró con ojos tristes, resignados a la muerte con la que se enfrentaría en pocas semanas.

—¿Qué, hija mía?

—Es sobre mi nacimiento —respondí suavemente.

—Te lo he contado cientos de veces, Maha. Estaba en un cóctel en Sydney, en una casa preciosa en una isla al otro lado de la bahía. Llevaba un vestido maxi color turquesa..., en



MAHA AKHTAR

aquellos tiempos los llamábamos «maxi». Rompí aguas y tuvieron que llevarme al hospital en barco porque si no habrías nacido en un coche, de camino. ¿Por qué lo preguntas, Maha? ¿Qué pasa?

—*Umma* —repuse apretando con dulzura su frágil mano—. Dices que he oído la historia cientos de veces, pero en unas fuiste al hospital en ambulancia y en otras te llevó mi padre. Unas veces estabas en una isla al otro lado de la bahía de Sydney y otras en una casa frente a la Ópera. Hay ocasiones en las que dices que estuviste de parto dieciocho horas y otras en las que solo estuviste dos. En lo único en que coincides siempre es en que diste a luz en Sydney.

—No te entiendo, Maha... —replicó con tristeza, a pesar de que su voz delataba que sabía lo que iba a ocurrir a continuación.

—Se supone que la verdad no puede cambiar, *umma*, así que he estado indagando. No hay constancia de mi nacimiento en Sydney.

—Hija mía... —empezó a decir con lágrimas en los ojos.

—¿Dónde nací, *umma*? Si no nací en Sydney, entonces ¿dónde fue?

—Fue un error, hija, perdona. Déjalo estar... no preguntes más... déjalo —suplicó.

—*Umma*, es muy importante. Por favor, dime dónde nací.

—¿Por qué me lo preguntas ahora? ¿Corres algún peligro?

—No, *umma* —la tranquilicé—. Pero necesito saberlo... Hay demasiadas cosas que no encajan.

—Lo siento, Maha —se excusó con lágrimas en las mejillas—. Lo siento mucho. Perdóname, por favor.

Se inclinó hacia delante para abrazarme y envolví su débil y frágil cuerpo con mis brazos, incapaz de entender lo que estaba sucediendo o el porqué—. No pasa nada, *umma* —susurré, a pesar de que sí pasaba.

—Naciste aquí, en Beirut. En esta casa, en esta cama en la que voy a morir —confesó con la cara apoyada en mi hombro.

Por un momento pensé que no había oído bien. Me separé de ella con cuidado y la miré, muda, incrédula, incapaz de asimilar su respuesta. Había escuchado lo que había dicho y había comprendido las palabras, pero no su significado. Antes de



que pudiera procesar aquella información y pedirle que se explicara mejor añadió:

—Anwar Akhtar no es tu verdadero padre, Maha. Tu padre biológico fue Ajit Singh, hijo de Jagatjit Singh, marajá de Kapurthala, y de su quinta esposa, Anita Delgado, una bailaora de flamenco malagueña.

—¿Sabe mi padre biológico que existo?

—No —contestó meneando la cabeza sobre la almohada—, murió en 1982.

Me quedé sin palabras. Mi mundo se detuvo. Mi vida dejó de girar alrededor de un eje de cuarenta y un años. Estaba atónita y desconcertada. No supe cómo reaccionar. No supe qué hacer. Solo fui capaz de mirarla y ver cómo le caían las lágrimas por sus hundidas mejillas.

—*Umma*, ¿por qué...? —conseguí balbucir.

No pudo contestarme, estaba demasiado abrumada por sus propios sentimientos. Hafsah debía de estar escuchando al otro lado de la puerta porque entró corriendo y me dijo que me fuera a la cocina. Pensé que era mejor no protestar. Sabía que estaba preocupada por su hermana y por el impacto que pudiera causarle lo que acababa de ocurrir. Salí de la habitación en un estado casi catatónico. Mis sentimientos se habían desbocado y seguía sin poder asimilar aquella revelación.

Durante la siguiente semana pasé todo el tiempo que pude con mi madre. Había muchas cosas que quería saber, cosas que quería entender, preguntarle, contarle. Quería aliviar su dolor y que ella aliviara el mío. Quería que mi madre volviera. Quería la heroína, la mujer a la que había adorado hasta que me abandonó a los ocho años en la puerta de un frío internado inglés, sollozando en los brazos de una directora igual de fría. Pero sabía que era demasiado tarde. Apenas le quedaban fuerzas y disponía de poco tiempo para intentar comprenderla a ella y todo lo que había sucedido antes y después de mi nacimiento.

No volví a verla. Poco después de irme empeoró rápidamente y murió a las pocas semanas, tras una prolongada y penosa lucha contra el cáncer. Me quedé con una vaga idea de quién era en realidad, con un profundo abismo emocional y



MAHA AKHTAR

un testimonio al que empecé a aferrarme para poder dar sentido a mi vida, que, al parecer, se había descarrilado y estaba fuera de control.

Una historia puede empezar en cualquier parte. Puede desencadenarla una palabra, un rostro, un recuerdo... cualquier cosa. Esta comienza con una confesión. Una confesión que condujo a una búsqueda, a un intento por saber más del padre biológico al que nunca conocí. A mitad de camino cambió de rumbo y, en vez de a un extraño, descubrí algo más grandioso y satisfactorio: la asombrosa historia de tres mujeres, Zahra Akhtar, mi madre, y Hafsah Al-Hasan y Nilofer Bharany, mis tías; unas mujeres que, debido a una maraña de secretos familiares y una infancia muy peculiar, no había llegado a conocer.

Es también la historia de mi lucha por asumir la vida y la muerte de mi madre, y de cómo su legado me ayudó a entender una valiosa herencia y a restablecer vínculos con mi pasado, lo que me permitió entender quién soy ahora.





## Capítulo uno

**A**cabé de maquillarme y me recogí el pelo en un moño en la nuca, que sujeté con una sencilla peineta española de carey. Después me coloqué una gran rosa roja en la oreja, que hacía juego con el carmín que pensaba ponerme. Todavía iba vestida con vaqueros y camiseta, y seguiría así durante una hora o más, hasta que empezara el espectáculo. No quería que el vestido se manchara con el sudor que me provocaban los nervios y la adrenalina. Con el que transpiraría en el escenario debido al calor de los focos y el baile, junto con el del miedo previo a salir a escena, tenía bastante. Saqué el vestido color rojo sangre con el que empezaría. Era sencillo y elegante, y sobre todo, cómodo. Tenía una pequeña cola de volantes, un colín, y no la bata de cola de metro y medio que me encantaba, pero el escenario del Joe's Pub no era lo suficientemente grande para semejante falda, sobre todo cuando se taconeaba y se la hace revolotear. Me lo acerqué al cuerpo y me miré en el espejo.

Hacía un año que mi glamourosa vida en Nueva York estaba patas arriba. En marzo de 2005 mi trabajo con Dan Rather en *CBS News* había tocado fondo cuando, tras la debacle del erróneo informe sobre el historial del presidente Bush en la Guardia Nacional, abandonó su puesto como presentador. Duncan Maculay, mi compañero en los últimos quince años, había decidido aceptar un trabajo que le obligaba a trasladarse a Londres y le alejaba de mí, y por si fuera poco había contra-

MAHA AKHTAR

tado a un equipo de fontaneros y pintores para hacer una reforma en mi apartamento del Upper East Side de Manhattan. Estaba sin techo, sin trabajo y sin pareja.

Y también era huérfana. Mi madre acababa de morir y mi padre biológico jamás había sabido de mi existencia ni yo de la suya. Sentada en el camerino del Joe's Pub justo antes de comenzar mi actuación, empecé a pensar en Zahra y en lo poco que sabía acerca de la mujer que había sido mi madre.

Todavía no me habían llamado para salir a escena y las palabras que pronunció mientras yacía, débil y moribunda en la casa familiar de Beirut, se repitieron una y otra vez en mi mente, como un viejo disco rayado, mientras mis sentimientos oscilaban entre la rabia y la tristeza, la pena y el consuelo. Aquella confesión en su lecho de muerte había abierto una caja de Pandora repleta de secretos que Hafsah y ella habían silenciado cuidadosamente durante años.

Me pregunté qué implicaciones tenían las palabras que había pronunciado mi madre. Todavía no había digerido el impacto que me habían causado. Estaba angustiada, orgullosa y terriblemente confundida a la vez. ¿Por qué no me lo había contado? ¿Por qué no lo había sabido antes? ¿En qué me cambiaba aquello? Si era la hija de un príncipe indio y una plebeya libanesa, ¿me convertía aquello en princesa? ¿Quién era Ajit Singh? ¿Quiénes eran los Singh? De repente había heredado una historia, unas raíces y se suponía que una familia, pero ¿qué iba a hacer con ello? Esas eran algunas de las preguntas que se agolpaban en mi cabeza, rápidas, furiosas e incesantes, porque el secreto de Zahra había compuesto un puzle del que solo podía ver la mitad del dibujo.

En su confesión había un elemento que me hacía sentir como si de alguna manera, en algún sitio, esa historia estuviera escrita: el que Anita Delgado, mi abuela materna, hubiera sido una bailaora de flamenco. En mi adolescencia había sido bailarina y adoré el flamenco desde el momento en el que vi una actuación en Granada durante unas vacaciones familiares en el sur de España. Hacía diez años había empezado a ir a clases en la meca del flamenco, Sevilla, y finalmente me había convertido en una profesional. Casi me eché a reír, era demasiado fantástico para ser verdad.

## Y

Mantuve el vestido contra mi cuerpo y me miré en el espejo. Con la rosa en el pelo, el carmín, los ojos perfilados de negro y la peineta parecía una bailaora de flamenco. Pero todo aquello eran complementos, accesorios que había comprado para tener el aspecto adecuado. Cuando empecé a bailar en Sevilla, mis compañeras españolas, que envidiaban la atención que me prestaba en clase Juan Polvillo, mi profesor y en la actualidad compañero de baile, y estaban resentidas por las sesiones privadas que tenía con él, me miraban como a una intrusa. Y cuando me brindó la oportunidad de actuar con él se pusieron tan celosas que, por puro resentimiento, una de ellas metió cristales en mis zapatos de baile.

En aquel momento, reflejada en el espejo del Joe's Pub, ya no me consideraba una intrusa. Incluso sin los accesorios, por mis venas corría sangre española, de bailaora. Podía mirarme sin sentir que era una impostora que intentaba arrebatarnos el puesto a las chicas andaluzas. Podía reclamarlo como mío tanto como ellas, formaba tanto parte de mi herencia como de la suya.

—¡Treinta minutos! —gritó alguien al otro lado de la puerta. En cuanto lo oí se me puso el corazón en la garganta y la adrenalina que me recorría el cuerpo a la velocidad de la luz me puso tan nerviosa que no conseguí cerrar la cremallera. «¡Mierda, mierda y dos veces mierda!», mascullé moviéndola de un lado a otro para intentar soltarla.

—¡Maha! —dijo alguien al tiempo que llamaba a la puerta.

—Pasa —contesté. Era Bill Bragin, el encargado, que entró oculto tras un gran ramo de rosas rojas.

—Acaban de llegar —comentó dejándolo sobre el tocador—. ¡Caramba! ¡Estás fantástica! —exclamó mientras salía.

—¿Puedo pasar? —preguntó otra voz a mi espalda mientras seguía forcejeando con el vestido. Me di la vuelta y vi a Juan, vestido con pantalones blancos, camisa color verde lima y pañuelo de lunares verdes y blancos alrededor del cuello.

—¡Juan! —lo saludé aliviada—. ¿Puedes ayudarme con la cremallera? Se ha atascado —añadí con voz inquieta.



MAHA AKHTAR

—¡Qué guapa estás! —me elogió.

—Gracias, Juan. Tú sí que estás guapo —dije sonriéndole en el espejo al tiempo que me ajustaba el vestido y me contoneaba para asegurarme de que tenía la caída perfecta. «Estos vestidos son impresionantes —me dije a mí misma—. Están hechos para que queden como un guante y han de ajustarse al cuerpo, pero son implacables cuando se tienen un par de kilos de más».

Me senté en una silla, cogí los zapatos rojos y los agité para asegurarme de que no había nada dentro. Desde el incidente en Sevilla me había vuelto muy precavida.

—No sé qué hacer con el pelo —se quejó Juan agitando la leonina mata de pelo que llevaba recogida en una coleta.

—¿Con qué empiezo? ¿Por soleares o por seguidillas? —pregunté mientras me agachaba para ponerme los zapatos.

—¿Qué te seduce más? Los dos son bailes muy serios —replicó cogiendo un poco de gel para el pelo y mezclándolo con agua.

18

Me gustaba la seguidilla, sobre todo la forma en que la habíamos coreografiado juntos, con un martinete al principio. Me encanta el martinete. Es más un ritmo que un baile, cantado a capela sin acompañamiento musical. No habría percusión, excepto por el bastón que llevaría el compás y las palmas de Emilio, el cantante. Es hermoso y me fascina. Es sencillo, espectacular, misterioso y, para mí, arte puro.

«¿Qué habría hecho Anita? —me pregunté—. ¿Le gustaba el cante jondo tanto como a mí? ¿Le gustaban las saetas? ¿Amaba el flamenco tanto como yo?»

Todavía no le había dicho a Juan, ni a nadie, que era la nieta de una bailaora de flamenco y de un marajá indio. No sabía cómo hacerlo ni por dónde empezar.

Además de la fascinación que sentía por Anita, por estar vinculadas por el flamenco, la curiosidad que sentía por su hijo, mi padre biológico, no tenía límites. Mi imaginación había evocado la imagen de un galán, la de un príncipe apuesto, elegante y *bon vivant* que había aparecido durante un corto espacio de tiempo en la vida de mi madre y la había abando-



nado sin saber que había dejado en ella una huella indeleble. En mi fantasía, su aventura amorosa se convertía en un romance como los de Corín Tellado, en una historia de pasión y amor prohibidos. Pero, en realidad, no había sido así. ¿Qué había pasado entre Zahra y Ajit Singh? ¿Cómo era realmente Ajit Singh? ¿Dónde habían vivido? Estaba desesperada por saberlo todo acerca de él, cómo hablaba, cómo se vestía, qué comía, todos y cada uno de los detalles que pudieran proporcionarme una ventana abierta a su forma de ser y su vida.

Tenía una vaga idea de su aspecto. En Beirut, Hafsah me había enseñado un par de fotos, pero estaban en un álbum que se había estropeado durante una inundación y resultaba difícil verle la cara. Hafsah había intentado describírmelo.

—Era alto, moreno, guapo... —empezó a decir.

—*Tante!* —la interrumpí—. Suena a cliché. Además, esa es la descripción de la mitad de los hombres de este planeta.

—*Habibtí?*, ¿qué quieres que te diga? —se excusó sonriendo con dulzura. Se encogió de hombros y levantó las manos para indicar que no era culpa suya—. Era medio indio y medio español. ¿Cómo no iba a ser alto, moreno y guapo? Lo raro habría sido que no lo fuera —añadió en broma.

—Por favor —supliqué—, no te lo tomes a risa. ¿No puedes describirlo mejor?

—La última vez que lo vi fue en 1964, hace cuarenta años.

—Lo sé, *tante*, pero ¿no recuerdas nada?

—Era un hombre muy apuesto, Maha. Muy distinguido —hizo una pausa—. Pero, ¿sabes? —añadió pensativa—. Lo que más me sorprendió de él fue su timidez.

—¿Timidez? —inquirí sorprendida.

—Sí —remarcó—. Creo que le daba miedo mirar a los ojos a las personas. Casi siempre mantenía la mirada baja. Era muy atento. Creo recordar que en las pocas ocasiones que vino a cenar envió flores el mismo día y al día siguiente, con una nota de agradecimiento.

—¿Qué tipo de flores?

Hafsah arqueó las cejas sorprendida y me miró.

2. Cariño.



MAHA AKHTAR

—Maha, cariño, sé que deseas con toda tu alma saber de Ajit, pero ¿en qué año estamos? En 2006. Lo invitamos a alguna cena en 1963 y 1964. Hace cuarenta y tres años.

—Lo sé. Sé que es una locura que te lo pregunte, pero imaginaba que las flores habrían sido tan espectaculares que las recordarías.

—*Habibti*, las flores más espectaculares que he tenido en casa siempre son las que compro yo —aseguró con orgullo. Me eché a reír, mi tía era absolutamente sincera.

—Lo que sí puedo decirte es que la noche en que vino a cenar a Eaton Square en Londres, en febrero de 1964, la noche en que tu madre se enamoró de él, trajo un par de candelabros exquisitos. Creo que dijo que los había comprado en Madrid.

—¿Qué? —grité—. ¿Qué ha sido de ellos? —pregunté. Quizá los había visto de niña en su casa de Londres sin saber lo importantes que eran.

—No lo sé, *habibi*—contestó con tristeza—. Creo que se perdieron en alguno de los traslados.

—¿Eran bonitos?

—Eran preciosos, como columnas romanas de plata, pero con un toque árabe. Ajit tenía muy buen gusto. En todas las ocasiones en las que lo vi iba impecablemente vestido, siempre con traje y corbata. Pero nunca se hacía notar ni le gustaban las aglomeraciones. Sobre todo los cócteles y cenas, a los que solo acudía por obligación.

—¿Qué timbre tenía, *tante*? —la interrumpí—. Me refiero a su voz.

—Tenía una voz refinada y un poco ronca —recordó—. Hablaba con tanta suavidad que a veces tenía que pedirle que repitiera lo que había dicho. Era un hombre delicado y encantador, Maha. Un verdadero caballero.

—¿Y qué aspecto tenía? —insistí.

—Bueno, veamos... —empezó a decir—. Tenía el pelo negro y rizado peinado hacia atrás. Brillante, ya sabes, alisado con algún tipo de crema o gel. Sus ojos eran grandes, marrones oscuro... —Me miró—. Y esto... era muy alto.

—¡Hafsah! —protesté frustrada—. No me estás contando nada. No consigo imaginarlo —añadí, enfadada por no poder hacerlo—. Es como si estuvieras describiendo a Cary Grant o



Gregory Peck. Por favor, ¿no te acuerdas de nada más? —supliqué, desesperada por poder imaginármelo.

—Maha, *habibti*... —replicó con suavidad—. Lo hago lo mejor que puedo.

Tras aquel arrebato nos quedamos en silencio. Hafsah parecía estar tamizando sus recuerdos mientras yo jugueteaba huraña con un pañuelo.

—¡Ah! —exclamó de repente entusiasmada—. Le gustaba mucho el cine. Tu madre me dijo que siempre la llevaba a ver películas. «Filmes», las llamaba.

—¿Qué iban a ver, *tante*? —pregunté incorporándome. Hafsah se encogió de hombros sin darse cuenta.

—No me acuerdo, cariño, pero... ¿sabes, Maha? Creo... aunque no puedo asegurarlo, que Zahra mencionó alguna vez que quería ser actor y que un director le había hecho una prueba en Hollywood.

—¿Sí? ¿De verdad? —pregunté exaltada.

—Aunque no creo que cuajara —añadió antes de hacer una breve pausa—. Y ahora que recuerdo, me parece que alguien comentó que tuvo algo con Lana Turner.

—¿El qué? ¿Un *affaire*? ¿Con Lana Turner, la actriz? —inquirí muerta de curiosidad.

—Sí, la rubia —confirmó—. Pero no consigo recordar si fue tu madre u otra persona la que me lo contó.

—*Tante*! ¡Eso es increíble! —grité alborozada.

—Sí, pero es lo que me contaron, ni siquiera sé si es verdad —añadió rápidamente.

—*Tante*, ¿cómo es posible que no sepas nada más?

—Maha, en primer lugar en aquellos tiempos no existía el *Hola* y solo lo conocí de pasada, no es que fuéramos amigos íntimos precisamente.

Me sentí desalentada.

—Habla con Farham —sugirió—. Él lo conoció mejor que yo. A lo mejor puede darte más información. Recuerda que fue él el que lo presentó a tu madre.

—¿Hafsah te ha dicho que Ajit tuvo un *affaire* con Lana Turner? —preguntó Farham con socarronería—. Debe de ha-



MAHA AKHTAR

berse hartado de los *baklavas*<sup>3</sup> esos que prepara —añadió con guasa frunciendo el entrecejo.

Me eché a reír. Mi tío Farham siempre dice que a Hafsah le encanta embellecer las historias.

—No me digas que no sabías nada —protesté haciendo un mohín.

—No, Maha —repuso quitándose las gafas y recostándose en el sillón—. La verdad es que nunca me ha gustado entrometerme en la vida de los demás.

Nos quedamos en silencio.

—Pero ahora que lo pienso, tampoco me extrañaría que Ajit hubiera tenido una relación amorosa con Lana Turner —concedió.

—¿Por qué lo dices?

—Venga, Maha —replicó con voz seria y cara inexpresiva—. Era una actriz norteamericana alta, rubia y glamourosa; ingenua y *femme fatale*. Para que un hombre resista semejante combinación ha de estar muerto —añadió esbozando una pícara sonrisa con los labios.

—¡Tío! —le reprendí—. En serio, si le gustaban las mujeres altas y rubias, ¿qué hacía con mi madre?

—Maha, no seas tonta. Era una broma. ¿Cómo voy a saber si le gustaban las rubias? ¿No tienes sentido del humor? —preguntó con dulzura.

—No lo sé, tío. A lo mejor lo he perdido últimamente.

—Mira, Ajit conoció a Zahra cuando ella tenía veintidós años y, además de ser guapa, rezumaba una inocencia y una ingenuidad que imagino le resultaron muy atractivas.

Asentí.

—Y estaba loca por él. Un hombre también tendría que estar muerto para resistirse a las atenciones de una hermosa y exótica joven de veintidós años, sobre todo si hace todo lo posible por seducirlo.

—Pero tío, cuando la conoció tenía cincuenta y cinco años. ¿Seguro que no pudo resistirse? ¿No se sintió un poco... viejo? Ya sabes, como si fuera su padre.

3. Pastelillo de nueces.



—*Habibi*, ni puedo explicar por qué Cupido dispara sus flechas ni lo que Zahra sintió por él o lo que Ajit sintió por ella. Tendrás que hablar con tu tía y comeros un montón de *baklavas*.

Solté una risita.

—¿Tuviste mucha relación con él, tío?

—La verdad es que no. Solo era un conocido —admitió—. Era una persona interesante y agradable con la que conversar, pero también era muy reservado. Cuando nos veíamos siempre teníamos muchas cosas de las que hablar, asuntos exteriores, Oriente Próximo, la India o cualquiera que fuera el tema del momento. Se mostraba muy indignado con los tejemanejes de los políticos sin escrúpulos, sobre todo los de la India. Y siempre estaba al día sobre deportes, de los que hablaba sin parar. A los dos nos gustaba la Fórmula 1. Conocía a la familia de un piloto español que casi consiguió entrar en el circuito. No recuerdo su nombre, pero en aquellos tiempos era un tema que comentábamos a menudo.

—¿Me parezco a él, tío?

Inspiró con fuerza.

—Maha, cariño, soy muy malo para esas cosas. Tu tía se pasa la vida diciéndome que estoy ciego, pero veo más de él en ti que de tu madre.

—¿El qué, tío? ¿A qué te refieres?

—Bueno, tienes su nariz y la misma forma de la cara, la misma barbilla y cuando estás en una situación violenta se te dibuja la misma expresión que a él. También os parecéis mucho en la forma de hablar.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No lo sé, Maha —repuso en tono de disculpa—. Creo que es la forma en que ladeas la cabeza... ya sabes... —intentó explicar sonriendo.

—¿Conoces a la familia Singh?

Meneó la cabeza y se inclinó hacia delante con las gafas en la mano.

—No llegué a conocerlos.

—Tengo mucha curiosidad por saber cómo son —admití entusiasmada—. Estoy segura de que podré llegar a conocer a Ajit Singh a través de los familiares que siguen vivos.



MAHA AKHTAR

—Maha —me contuvo con voz muy seria—, sé que esto es nuevo para ti y que estás como loca por saber todo lo que puedas de tu padre, pero Ajit provenía de una familia muy numerosa y, que yo sepa, no tenía hermanos verdaderos, solo hermanastros. Tampoco sé si tenía mucha relación con ellos o ni siquiera si están vivos.

—Pero esos hermanastros seguro que tuvieron hijos —aventuré.

—Sí, pero quién sabe si conocían bien a Ajit —arguyó—. No sabemos qué relación tenían; si se caían bien, si se llevaban bien, si se veían durante *Eid-al-Fitr*<sup>4</sup>...

—¡*Eid!* —lo interrumpí—. ¡Pero tío, si son *sij*s!

—Vale —aceptó—, entonces su equivalente, *Diwali*<sup>5</sup> creo que se llama. Francamente, Maha, no sabemos nada de ellos y no creo que sea buena idea que vayas corriendo a la India y empieces a acribillarlos a preguntas sobre Ajit y a obligarlos a que te den una imagen de él.

—Seguramente tienes razón, tío —reconocí—. Pero me gustaría descubrirlo por mí misma. Nunca se sabe, a lo mejor se llevaba muy bien con uno de sus sobrinos.

—Creo que estaba muy unido a su madre. Hablaba mucho de ella.

—¿Crees que la vio bailar alguna vez? —pregunté con vehemencia—. Me encantaría saber cómo bailaba.

—No tengo ni idea, Maha —contestó negando con la cabeza—. No sé si volvió a bailar después de casarse con el maharajá e irse a la India.

—Sería increíble que le hubiera gustado el mismo tipo de flamenco que a mí.

—Quizá lo sepa alguien en España... —sugirió—. ¿Sabes si queda alguien de esa rama de la familia?

—Creo que bisnietos de la hermana de Anita. Ya lo averiguaré, pero de momento prefiero centrarme y empezar con la familia india, ya que es donde nació y vivió Ajit.

—Ten cuidado, Maha —me recomendó cariñosamente—.

4. Fiesta musulmana que comienza al finalizar el Ramadán.

5. Fiesta religiosa que celebran varias religiones de la India.



Heredar una familia no es lo mismo que criarse con ella. Aunque llegues a conocerlos, te costará sentir que formas parte de su casta, y es posible que eso no suceda nunca. Estás en un momento muy delicado. Si las cosas no salen como deseas es posible que te sientas herida y no me gustaría verte sufrir.

—Lo sé, lo sé —suspiré sabiendo que tenía toda la razón, aunque negándome a admitirlo.

—Eres una mujer fuerte, independiente e inteligente, Maha —añadió con paciencia—. Ya tienes la respuesta. Puedes estar tranquila, sabes que no tienes la culpa de que Anwar Akhtar se comportara de la forma en que lo hizo. Déjalo estar, sé feliz y sigue tu vida.

El hecho de que Ajit Singh fuera mi padre explicaba muchas cosas de mi infancia. Me había procurado la llave de un cofre del tesoro lleno de respuestas a muchas de las preguntas que me había formulado cuando era pequeña, aunque la más importante era por qué el padre con el que crecí me había tratado de una forma tan desagradable y cruel.

—Pero quiero conocer a Ajit, tío.

—Lo sé, pequeña. Sé que quieres saberlo todo enseguida, pero eso es imposible, así que no te vuelvas loca. Date tiempo. Lo que tenga que pasar, pasará.

Asentí, pero al mismo tiempo deseé encontrar a alguien que conociera a Ajit Singh, alguien cercano a él, alguien que pudiera decirme lo que habría pensado si me hubiera conocido, alguien que lo pudiera recrear, que pudiera revivirlo para así forjarme una imagen de la persona cuya sangre corría por mis venas.

Juan y los músicos se encaminaron hacia la puerta del escenario mientras me echaba el último vistazo en el espejo. «¿Qué voy a sentir esta noche? —pregunté a mi reflejo—. ¿Bailaré de forma diferente? ¿Me sentiré como la nieta de una bailaora de flamenco? ¿Estaría orgullosa de mí Anita Delgado?»

Quedaban diez minutos para salir. El corazón me latía a toda velocidad. Tenía un nudo en la garganta y los nervios de punta. Era la primera noche que iba a bailar flamenco cons-



MAHA AKHTAR

ciente de mi legado. ¿Me haría más fuerte? ¿Me daría esa magia que consigue que las bailaoras no sean buenas sino magníficas? ¿Sería capaz de proyectar las emociones que sentía con toda la sinceridad con que brotaban en mi interior?

Mientras permanecíamos detrás de las cortinas de terciopelo apreté los puños y recé como siempre hago, como siempre había hecho cuando era bailarina de danza *kathak*. Recé para pedir fuerzas, valor, recé para no defraudar a mi antiguo gurú, Krishna Maharaji, que sabía me estaría viendo desde el cielo, al igual, esperaba, que mi abuela.

Oí que Emilio se aclaraba la voz y canturreaba suavemente; era el preludio a su salida, en el que invocaba al duende, un momento tan intenso en el cante flamenco que si proviene del corazón, si se eleva desde algún lugar en lo más profundo del cantaor, inspira una pasión arrolladora que consigue que se te salten las lágrimas.

La salida de Emilio fue poderosa y me transportó a otro mundo profundamente árabe. La letra que cantó antes de que saliera yo hablaba de amor, dolor, angustia, separación, destino y muerte. No recuerdo cómo bailé. Cuando atravesé la cortina de terciopelo me invadió una sensación de calma que arrinconó los nervios, relajó la adrenalina y me proporcionó una paz interior de otro mundo. En el momento en que salí a escena me sentí envuelta por una energía que se apoderó de mi cuerpo y salió en busca de los ojos y oídos de los entendidos, los aficionados y de todo el mundo. Sentí que bailaba con toda mi alma, con todo mi sentimiento, para mostrar mi sufrimiento y mis ansias de vivir. Dominé el ritmo con una emoción auténtica que manaba como un torrente desde un manantial de vitalidad alojado en mi interior. Bailé la seguidilla como poseída y en aquellos quince minutos sentí el flamenco. Cuando salí de escena no oí nada, pero supe que había bailado como nunca antes lo había hecho. Supe que había bailado con todo el poderío que me confería mi herencia y que me respaldaba como un pilar, como una torre de fuerza. Aquella noche supe lo que soy: medio árabe, con un cuarto de india y un cuarto de española. Fue como si la sangre de Al-Ándalus se hubiera encendido en mi cuerpo.

Más tarde, sentada en el camerino, intenté recordar la ac-



tuación, pero no pude. La veía borrosa. Era como si quisiera recordar un sueño del que acababa de despertar. Oí que llamaban a la puerta.

—Pasa —dije. Era Bill Bragin.

—¡Santo cielo, Maha! ¿Qué te ha pasado esta noche? ¡Has estado increíble! —exclamó dándome un fuerte abrazo y suspiré aliviada—. Ha sido mágico, te los has metido en el bolsillo.

Sonreí y me limpié la película de sudor que se había formado en el labio superior.

—Estabas tan guapa, tan orgullosa, tan majestuosa —continuó—. Ha sido algo extraño, no parecías tú misma. No sé cómo describirlo, puede que haya sido la luz o algo parecido.

No supe qué decirle.

Pasé horas investigando y leyendo todo lo que pude sobre Kapurthala y su familia real, compré todo tipo de libros, aunque solo mencionaran de pasada a la familia Singh y gasté una fortuna en trabajos de investigación y tesis que tuvieran algo que ver con el marajá Jagatjit Singh y sus descendientes. En la actualidad existe un maharajá de Kapurthala, Sukhjít Singh, hijo de Paramjit Singh, uno de los hermanastros de Ajit Singh. Lo que lo convierte en medio sobrino de mi padre y en mi medio primo hermano.

Tras la independencia de la India, la familia, al igual que la mayor parte de la aristocracia india, se vio desprovista de todo tipo de poder o privilegios, y a partir de 1947 sus palacios y propiedades pasaron a manos del Estado. Los nietos de Jagatjit Singh empezaron a llevar una vida más normal y a destacar en campos como la política, el ejército o las artes. Sukhjít fue un distinguido general, condecorado en varias ocasiones por el servicio prestado en las guerras contra Pakistán; Arun Singh fue ministro de Defensa durante el Gobierno de Rajiv Gandhi y Martand Singh, un distinguido estudioso de sánscrito y del arte y arquitectura hindúes, además de un experto en telas y miembro de la junta directiva de varios museos repartidos por todo el mundo.

Todos ellos personas extraordinarias. Pese a su aristocrá-

MAHA AKHTAR

tico linaje me impresionaron mucho los logros personales de los tres. En cierta forma me intimidaba el hecho de que estuviéramos emparentados, que fuera su media prima hermana. ¿Qué había hecho yo? El haber trabajado con The Cure y Dan Rather no significaba exactamente haber triunfado en la vida, sobre todo si se comparaba con lo que habían conseguido mis primos de Kapurthala. «¿Podré ampliar el eminente y excepcional trío de nietos de Jagatjit Singh a un cuarteto?», me pregunté varias veces.

Con todo, ninguna de mis reflexiones o lecturas me aportó una verdadera imagen de Ajit Singh o de cómo era en realidad la familia de Kapurthala. Además, ¿qué significaba ser una Singh? ¿Cambiaba algo? Al fin y al cabo tenía cuarenta y un años, era quien era y me había forjado una vida propia, pero, de repente, había heredado una familia a la que no conocía y para la que era una completa desconocida. ¿Me sentiría en algún momento parte de ella o tenía razón mi tío Farham y me estaba haciendo ilusiones?

28

Intenté buscarle sentido, organizar mis pensamientos, aislar los elementos de la historia, pero había demasiados y estaban tan intrincadamente entretejidos que me fue imposible. A veces tenía la impresión de que mi cabeza era como la de Medusa y que mis pensamientos y preguntas eran como cientos de serpientes que se deslizaban y reptaban de un lado a otro intentando encontrar el camino.

«¿Qué hago? —me pregunté cientos de veces—. ¿Escribo a la familia Singh? ¿Voy a Delhi y me presento directamente? ¿Debo callarme y olvidarme de todas estas tonterías y agradecer que finalmente sé la verdad?». Empecé varias cartas a Sukhjit Singh, pero no tuve el valor de enviarlas. Al día siguiente de escribirlas, cuando volvía a leerlas, me sentía incómoda y violenta. No encontraba la forma adecuada de presentarme. ¿Cómo iba a decirle que era la hija ilegítima de su medio tío? Mientras buscaba las palabras apropiadas caí en la cuenta de que Sukhjit también podía pensar que era una cazafortunas que solo deseaba hacerse con parte del dinero o joyas de la familia. Seguramente le parecería muy extraño que de repente, décadas después de su muerte, alguien dijera ser la hija de Ajit. Después de todo era una familia aristocrática y,

aunque no perseguía ningún beneficio material, reconocimiento oficial o título, estaba segura de que no era la primera vez que un extraño aparecía de la nada asegurando tener parentesco con la familia Singh para reclamar su herencia.

Deseé que Duncan estuviera conmigo. Él sabía qué hacer. Siempre había podido contar con él y con sus consejos sensatos y objetivos. Siempre me había ayudado y siempre había estado a mi lado. Jamás me había dado cuenta de cuánto dependía de él, de que no lo había valorado ni había agradecido su discreta fortaleza y presencia. Y no dejaba de ser paradójico que no estuviera conmigo cuando más lo necesitaba.

Nos conocimos en Nueva York y ese había sido siempre nuestro hogar. Cuando pasé a formar parte de *CBS News* Duncan se situó durante muchos años en un segundo plano desde el que observó cómo ascendía en mi carrera como periodista, sin decir una palabra cuando le llamaba para avisarle de que llegaría tarde, sin quejarse cuando no podía ir a una obra de teatro, un concierto o al cine y mostrándose comprensivo cuando había que cancelar alguna escapada de fin de semana en el último momento. Jamás dejó de apoyarme y animarme. Me di cuenta demasiado tarde de que si había llegado tan lejos en *CBS News* era por él, porque sabía que si me caía, estaría allí para recogerme.

Siempre había querido pensar que escalaba puestos por méritos propios, pero después pensé en lo terriblemente egoísta que debía de haberle parecido. En los quince años que llevábamos juntos todo había girado en torno a *CBS News*, Dan Rather y yo. Cuando volvía a casa por la noche entusiasmada y eufórica por mi trabajo, compartía lo que había hecho durante el día sin preocuparme de preguntarle por el suyo ni elogiar sus pequeños triunfos, porque parecían demasiado insignificantes comparados con los míos. Después de todo era una de las chicas Rather y estaba al lado de todo un gigante en el panteón del periodismo de radio y televisión de Estados Unidos. Me cegué tanto con mi ambición y me embriagué tanto de mi autosuficiencia que nunca me preocupé de ver lo mal que lo estaba pasando, de que no conseguía encontrar tra-

MAHA AKHTAR

bajo en Nueva York y que estaba sacrificando sus ambiciones y oportunidades de fraguarse una carrera porque sabía cuánto me gustaba Nueva York y lo importante que era aquel trabajo para mí.

Por supuesto, conforme ascendía en el mundo del periodismo nuestra relación empezó a resentirse y después a deteriorarse. Ahora, al volver la vista atrás, reconozco que era evidente y que sabía que pasaría, pero continué desechando la idea, diciéndome que me ocuparía de ello al día siguiente, y al siguiente, y al siguiente, hasta que pasaron los años y nos distanciamos. Por alguna razón egoísta me negué a que fuera una prioridad y me engañé diciéndome a mí misma que Duncan siempre estaría allí, pasara lo que pasase.

Ni siquiera me enteré de que había estado buscando trabajo en Europa y Oriente Próximo, y cuando le propusieron un trabajo en Londres lo aceptó, y solo me lo comunicó cuando ya era un hecho consumado. A pesar de que en aquel momento me enfadé muchísimo, sabía que no le había dado otra opción. Llevaba años sin estar a su lado para escucharle. A pesar de todo, me pidió que fuera a Londres con él y, por aquella errónea lealtad depositada en Dan Rather, le dije que no podía. Lo justifiqué convenciéndome de que no era el momento oportuno. Pero al final tuve que reconocer que había sido la causante de aquella separación. Quizá debería haber dejado Nueva York y haberlo seguido. Estaba convencida de que Dan Rather era mi mundo, mi pilar. En realidad, el que lo había sido siempre era Duncan y hasta que no se fue a Londres no me di cuenta de lo insegura que me sentía. En aquel momento de caída libre lo eché muchísimo de menos y me pregunté si sería demasiado tarde para arreglar nuestra relación.

No tomamos ninguna decisión antes de que se fuera. No nos sentamos para decir: «Vale, es el principio de nuestra separación y debemos continuar con nuestras vidas y darnos tiempo y distancia». No hicimos nada de eso. Dejamos que todo fluyera libremente, así que resultaba difícil saber qué pensar y cómo comportarse. ¿Estaría bien llamarlo cuando pasara algo para compartirlo con él? ¿Querría saberlo? ¿Le importaría?

Ansiaba con todas mis fuerzas que formara parte de ese proceso de descubrimiento conmigo. Pero justo en el momento en el que estaba escuchando la confesión de mi madre, Duncan consiguió un ascenso y estaba a punto de irse a Abu Dhabi. Así que, además de distancia emocional, también existía una enorme distancia física. Estaba al otro lado del mundo y, con la diferencia horaria y su nueva y frenética vida, me resultaba muy difícil hablar con él. Se volvieron las tornas y me ocurría lo mismo que a él cuando me llamaba en el apogeo de mi trabajo en *CBS News*.

Cuando le telefoneaba nunca me acordaba de que vivíamos con distintos horarios y no era capaz de encontrar el momento adecuado. Siempre estaba en una reunión, conduciendo, en un avión o durmiendo, y mi llamada acababa directamente en el buzón de voz, aunque nunca dejaba un mensaje. Y si por casualidad contestaba, siempre estaba rodeado de gente y no podía hablar. A pesar de todo, oír su voz me reconfortaba.

Nos mantuvimos en contacto por correo electrónico y le comuniqué a grandes rasgos la confesión de mi madre y el caos en el que me sumí a continuación. Sin embargo, el aluvión de preguntas, revelaciones y sentimientos que se produjeron después no podían transmitirse en un correo electrónico. Duncan conocía el cruel trato que nos había dado Anwar a mi madre y a mí, y el matrimonio que me había organizado cuando tenía quince años con Karim-al-Mansour, sobrino del emir de Kuwait. Sabía de mi peculiar infancia repartida entre un internado en Inglaterra y Delhi, donde iba en vacaciones para bailar *kathak*, el baile clásico del norte de la India que era mi pasión. También le había hablado de los nueve meses que había dedicado a buscar la partida de nacimiento que necesitaba para renovar mi pasaporte británico y del descubrimiento de que no había nacido en Australia. Pero no sabía cómo me sentí cuando descubrí la verdad. No podía percibir la confusión, la tristeza, la rabia o el alivio que experimenté. Tampoco sabía cuánto lo quería porque siempre tenía que colgar antes de que pudiera decírselo.

Me sentía terriblemente sola en Nueva York. Sí, tenía amigos, pero no tenía la fuerza necesaria para contarles lo que



MAHA AKHTAR

me había pasado. Hablaba con Hafsa y Farham casi todos los días y, a pesar de que me era de gran ayuda, no era lo mismo que cuando se habla con alguien cara a cara. El teléfono no podía comunicar las expresiones faciales, la palabra omitida o la mirada intercambiada que, a veces, dicen más que las propias palabras. Tampoco podía aportarme un contacto físico, transmitir esa sensación de consuelo que se siente al tocar, agarrar o apretar una mano, al rodear con tus brazos a alguien para consolarlo mientras llora, al abrazar o al besar a una persona. Y, por supuesto, también echaba de menos ese «cómodo silencio» que tanto le gustaba a Duncan y que siempre le reprochaba, porque no entendía el valor de estar en una habitación con alguien y sentirse tan relajado que no haya necesidad de llenar el silencio con palabras.

Verdaderamente no sabía qué hacer. Pasé horas y horas con aquella confusión interior, aquella locura y aquel alboroto en mi cabeza, mirando por la ventana, haciéndome ilusiones, rezando porque apareciera la respuesta.

Y un día llegó. Tras otra serie de sorprendentes coincidencias, la familia Singh me encontró.





## Capítulo dos

«La princesa del flamenco baila hoy y mañana en Joe's Pub», anunciaba el artículo de la página seis del *New York Post*. Continuaba diciendo que había descubierto recientemente que mi abuela paterna era una bailaora flamenca de Sevilla (lo que no era cierto, pues era malagueña) y que mi abuelo paterno era un marajá y uno de los hombres más ricos de la India en sus tiempos.

Tras la actuación del primer día me vi rodeada de un mar de caras, felicitaciones, sonrisas, manos extendidas y labios fruncidos esperando besarme. Me entregaron ramos de flores y me llevaron de un lado a otro pues todo el mundo quería decirme personalmente lo que había sentido aquella noche. Mientras avanzaba entre el público, reconociendo algunas personas, hablando con todas, sonriendo y ruborizándome sin mirar directamente a nadie, me fijé en un hombre que estaba en un rincón. Me pareció muy extraño. Se apoyaba en la pared y sonreía. Llevaba unas grandes gafas negras, camiseta negra sin mangas, pantalones indios color caqui y zapatillas de deporte. Tenía el pelo oscuro, rizado y muy corto, bigotito y tenía la piel de color moca. Llevaba tatuajes en los antebrazos, un crisantemo japonés en el derecho y unas letras japonesas en el izquierdo. Me pregunté quién sería, pero en ese momento tenía que ocuparme de la gente que se arremolinaba a mi alrededor.



MAHA AKHTAR

Hanut Singh, mi medio primo segundo, estaba impresionado. Había sido una coincidencia que aquel día estuviera en Nueva York y hubiera leído el artículo de la página seis del *New York Post*. Intrigado y extremadamente curioso por saber quién era, había acudido a verme bailar.

Un par de días después, justo cuando iba a salir para hacer unos recados, sonó el móvil. «¿Por qué tendrá que sonar siempre en el preciso momento en el que sabe que no puedo contestar? —maldije mientras buscaba en el bolso y mi frustración aumentaba con cada timbrado—. ¡Dios, cómo odio este bolso! Nunca encuentro nada.» Conseguí cogerlo en el momento en que dejó de repiquetear. Por supuesto, cuando quise enterarme de quién había llamado, resultó ser un número privado. Estaba a punto de volver a guardarlo, pero volvió a sonar. Era un número privado que podía ser el mismo de antes u otro. Dudé si debía contestar o no. No me gusta responder ese tipo de llamadas.

—¿Diga? —contesté con reserva.

—¿Puedo hablar con Maha, por favor? —preguntó amablemente una voz masculina con marcado acento.

—¿Quién le llama? —repliqué intentando descubrir quién era.

—La verdad es que no me conoce —empezó a decir aquella voz. Conforme hablaba me di cuenta de que tenía acento indio, el tipo de entonación que utilizan algunas castas, una especie de indio anglicado.

—Soy yo —admití intrigada.

—¿Eres Maha? —preguntó incrédulo—. Tienes acento británico.

¿Y qué tiene que ver la gimnasia con la magnesia? Sí, tengo acento británico, siempre lo he tenido. Es un vestigio del tiempo que pasé en el internado en Hampshire del que, a pesar del tiempo que he vivido en Estados Unidos, casi un cuarto de siglo, no he conseguido deshacerme.

—Sí —concedí esperando que continuara. «Si no sigue hablando, cuelgo», pensé impaciente mirando el reloj mientras salía del apartamento y buscaba las llaves para cerrar la puerta.